
LA LECCIÓN DEL SARS-COV-2

PAULINA RIVERO WEBER

Decía Emerson que para aquel que es sabio, toda experiencia debe dejar algo provechoso. No resulta fácil estar de acuerdo con esa idea: hay experiencias demasiado dolorosas, de las que el individuo a duras penas logra salir adelante. Pero si ya fuimos heridos por la espina, diría Nietzsche, más vale tomar la rosa. La pandemia causada por el coronavirus SARS-COV-2 ha sido una verdadera espina para muchas familias alrededor del mundo, y aun así, como humanidad hay una clara enseñanza que debemos aprender.

Al ser la primera vez que una pandemia llega al mundo en la era de la ciencia y la tecnología, hemos podido estudiar no sólo el comportamiento del virus, sino su origen: se trata de una zoonosis. Estas son un grupo de enfermedades que llegan al ser humano a partir de los animales. Existen varios tipos de zoonosis; la rabia, por ejemplo, es una clara zoonosis que se transmite directamente del animal al ser humano. Hay zoonosis con transmisores intermedios, que si bien provienen de los animales, se transmiten a los seres humanos por algún otro vector.

Esta pandemia pasó del animal al ser humano y en ese sentido viene la enseñanza que me interesa rescatar. Se estima que las zoonosis son fuente del 75 por ciento de las epidemias en el mundo ¹. Durante muchos siglos se ignoró las causas de las epidemias o pandemias, pues la ciencia de entonces no era capaz de proporcionar esa información. De hecho, a lo largo de toda la historia se atribuyeron a las epidemias las causas más oscuras, entre ellas, por supuesto, a los dioses, quienes las mandaban ya fuera por castigo o por preferencia. No estamos muy lejos de esa época; hasta hace muy poco, era fácil atribuir a los dioses el origen de cualquier tipo de desastre. Como bien lo señala Baruch Spinoza en su *Ética*, quienes se preguntan por las causas de las cosas suelen refugiarse en la voluntad de Dios, que no es otra cosa que el asilo de la ignorancia humana ².

De manera contrastante, hoy hasta el más ignorante puede ver con sus propios ojos el coronavirus, gracias a las maravillosas fotografías que circulan en periódicos o en *Internet*. Por otro lado, la OMS y el gobierno mexicano se han encargado de hacernos saber mucho sobre este virus: desde su tamaño, hasta la forma en que se replica y los estragos que llega a causar en algunas personas. Es, insisto, la primera pandemia a la luz de la ciencia

Facultad de Filosofía, Universidad Nacional Autónoma de México. / paulinagr@ yahoo.com

y por ello las cosas deberían de ser muy diferentes, y tenemos la obligación de aprender algo a partir de ese conocimiento científico.

Si el 75 por ciento de las epidemias que afectan al ser humano tiene su origen en el mundo zoológico, es necesario hacer un alto en el camino y analizar la manera en que nos estamos relacionando con los animales. Algo estamos haciendo de manera errónea en nuestra relación con los ellos para que las zoonosis estén presentes en tan elevada proporción. ¿Cuál debe ser entonces nuestra relación con ellos, hoy que sabemos que son potencialmente capaces de enfermarnos?

Si analizamos lo anterior, es fácil notar que durante los últimos años, a nivel personal, como individuos, hemos sido conscientes de que los animales más cercanos a nosotros, como el perro y el gato, pueden ser peligrosos; por eso desde hace años los vacunamos y cuidamos su aseo. En las prácticas individuales eso ha estado más o menos claro. Igualmente, se ha estudiado y se tiene certeza sobre lo que sucede a nivel económico, pero se ha ocultado mucha información. Seguramente se debe a que, en el plano de la economía, se ha antepuesto el beneficio de unos pocos a la salud de la mayoría e incluso a la salud de los mismos animales y del planeta en su conjunto.

Es hora no sólo de romper el silencio, sino de insistir hasta la saciedad, porque las pandemias han sido los únicos eventos que superan en pérdidas a cualquier guerra: los virus son depredadores sumamente efectivos de la humanidad. La influenza aviar, influenza porcina, encefalitis espongiiforme bovina, y el actual coronavirus, entre otras, son enfermedades zoonóticas de las cuales han surgido ya varias epidemias. Se trata de los animales llamados “de granja”, empleados en la industria cárnica y láctea, y es justo esa relación la que debemos cuestionar. Estos animales se tienen siempre en confinamiento y, por lo general, en hacinamiento y en situación de insalubridad. Son muchas las voces de aquellos que han insistido en acabar con ese maltrato animal en granjas. Lo único que tiene un animal es su vida y nadie debiera tener el derecho de adueñarse de millones de vidas para someterlas al cautiverio, y mucho menos cuando la única finalidad de esas vidas es que unos cuantos se alimenten, cuando hay tantas maneras para sustituirlos por una alimentación bastante más sana.

Ahora me interesa resaltar que la actual industria cárnica no sólo se adueña de la vida de animales de manera injusta, sino que existe un tercer nivel, más allá del personal y el económico, por el cual esa industria debería desaparecer. Me refiero al ámbito ecológico: la industria cárnica está acabando con el planeta. El daño que hemos causado al planeta al mantener a estos animales, en números exagerados y en malas condiciones, es terrible.

De todos los problemas por los que atraviesa el planeta, el más importante es el cambio climático. Una de las causas de este fenómeno es la cría

de ganado vacuno, que genera el 51 por ciento del dióxido de carbono y alrededor del 20 por ciento del total de todos los gases con efecto invernadero, contra el 13 por ciento generado por todos los transportes terrestres, marinos y aéreos inventados por el ser humano³. Esto lo han estudiado en muchas universidades, entre ellas la UNAM. A lo anterior debemos agregar que el ganado vacuno, debido al complejo proceso digestivo de las vacas, produce también una gran cantidad de metano, el cual es de 25 a 100 veces más destructivo que el dióxido de carbono que emiten los vehículos. El metano tiene un potencial de calentamiento global 80 veces mayor que el dióxido de carbono. Este mismo tipo de ganado es responsable del 65 por ciento de la emisión de óxido nitroso, el cual es un gas que tiene un efecto casi 300 veces mayor al del CO₂ y que permanece en la atmósfera 150 años⁴. El ganado es también la mayor causa de consumo de agua y de deforestación de selvas, pues la agricultura vinculada a la ganadería, esto es, la siembra de monocultivos para alimentar estos animales, provoca la tala indiscriminada y con ello es la principal causa de extinción de especies, de zonas muertas en el océano y contaminación de agua⁵.

Si tomamos en cuenta lo anterior, resulta urgente una política alimentaria diferente, que no encuentre en el ganado su principal sustento. De hecho, es factible alimentar mejor a la población a través de una dieta rica en vegetales, frutas y cereales. Una política alimentaria diferente no sólo ayudaría a bajar la demanda de cría ganadera y mejorar con ello el medio ambiente; también la obesidad, otro fuerte problema en nuestro país, se reduciría si se cambiara la forma en que nos alimentamos.

Hoy el cambio climático provocado en buena medida por la industria cárnica, ha dejado de ser una amenaza latente para convertirse en un hecho real. Varias islas del Pacífico han sido ya borradas del mapa. A ellas se han unido, el año pasado, otras cinco, según informó *The Guardian* en mayo de 2016. Estas nuevas cinco islas formaban parte de las Salomon Islands, una nación conformada por islas con cerca de 650,000 habitantes. También han desaparecido otras islas, como Nautambu, cuyos habitantes han tenido que ser reubicados. Este es uno de los muchos ejemplos que nos permiten ver que no podemos ya hablar de una amenaza a futuro: el cambio en el clima debido al calentamiento del planeta y el subsecuente derretimiento de los polos es un fenómeno que ya ocurre aquí y ahora: ya no es algo para temer en un futuro distante⁶.

De esta manera, la gran lección de esta pandemia causada por el coronavirus SARS-COV-2, es que a la humanidad le urge crear una relación completamente diferente con el mundo animal. Dejemos en paz a los animales, respetemos sus hábitats, y ellos dejarán de ser una fuente de problemas para la humanidad. Sólo así podemos aspirar a que nuestro planeta pueda reponerse del daño que le hemos causado. La ciencia no es la responsable de la situación de peligro por la que atraviesa nuestro pla-

neta, pero el uso de su conocimiento a través de una tecnología empleada sin ética alguna, sí lo es.

De continuar por el mismo camino y hacer caso omiso de todos los datos que la ciencia nos brinda sobre las razones del cambio climático, entonces de nada habrán servido todos los avances de la ciencia. Es necesario hacer experiencia de lo que la ciencia explica, incorporar su saber a la vida de la humanidad; sólo así podremos aspirar a que nuestros hijos tengan un planeta en donde vivir. Es hora de cambiar a nivel global la forma de alimentarnos: de ello depende el futuro del planeta en su conjunto.

NOTAS

- 1 Cf. la primera entrevista que realicé al Dr. Hugo López Gatell para el programa de radio que dirijo para Radio UNAM, *El árbol de las ideas*.
- 2 Spinoza, *Ética*. Libro I, apéndice, Trotta, Madrid, 2000, p. 71.
- 3 Food and Agriculture Organization of the United Nations, *Livestock's Long Shadow: Environmental Issues and Options*. Roma, 2006
- 4 Shindell, Drew T, et al. "Improved attribution of climate forcing to emissions". *Science* 326, 716, 2009.
- 5 Margulis, Sergio. "Causes of deforestation of the Brazilian Amazon", en *World Bank Working Paper* No. 22. 2003.
- 6 Toda esta información la presenté por vez primera en el Congreso del XXV aniversario de CONBIOÉTICA, en la conferencia dada en el Museo de Antropología llevado a cabo los días 5 y 6 de septiembre en el Museo de Antropología de la Ciudad de México. Ignoro si a la fecha exista alguna publicación de ese evento.